





EL CÓNCLAVE  
TALAVERA NEGRA II



José Sánchez Calderón

EL CÓNCLAVE  
TALAVERA NEGRA II



Primera edición: octubre 2023

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© José Sánchez Calderón

ISBN: 978-84-19899-86-6

ISBN digital: 978-84-19899-87-3

Depósito legal: M-31283-2023

Editorial Adarve

C/ Luis Vives, 9

28002 Madrid

[editorial@editorial-adarve.com](mailto:editorial@editorial-adarve.com)

[www.editorial-adarve.com](http://www.editorial-adarve.com)

Impreso en España

*A mi familia, a mis amigos, que me dan fuerzas para continuar.  
A mis lectores, que hacen posible que mis escritos vean la luz.  
A la buena gente de Behís de la Jara, Talavera de la Reina y su comarca.*





# CAPÍTULO 0

Septiembre 2021

Mi amiga y mentora, la comisaria Ana Molinero, acostumbra a decirme que le encantaría conocer mi lado oscuro, que le intriga de un modo extraordinario lo que pueda suceder en ese ámbito de mi existencia.

Ana ignora que mis vivencias han oscilado a tal velocidad entre los distintos universos a mi disposición que esas facetas se han fundido y entrelazado de modo que han integrado los planos del multiverso personal del que soy consciente. No necesito elegir entre un lado de luz y un lado oscuro. Mi ángel y mi demonio, esas figuras que suelen configurar la esquizofrenia moral de todo ser humano, se han convertido en un solo ente en equilibrio, para el que lo bueno y lo malo entran en el más cotidiano de los relativismos. Como suele decirse, depende.

Por hacer un repaso acelerado a la parte de mi currículum vital que es de dominio público, me llamo Dulce Soto, nacida en un pueblo llamado Belvís de la Jara hace veintinueve años. Soy mujer, hija única, inspectora de policía, graduada en Criminología y me encuentro al frente de la Unidad de Investigación Tecnológica de la Policía Nacional, en Madrid.

Si debo añadir lo que casi todos ignoran en el mundo de Dulce Soto, dispongo de otra identidad, por completo legal, por la que me llamo María Casas Picazo y soy natural de Costa Rica, inversora y tratante de arte, con residencia en Dublín, y con una hermana,

Celia, un año más joven, sin la que sería casi imposible mantener la dualidad de identidades. Ella, como yo, dispone de pasaporte costarricense y maltés. Tuve que invertir una cantidad respetable en Malta para que su Estado extendiera nuestros pasaportes, pero ya está hecho y todo es más cómodo con un pasaporte comunitario.

Nuestra actividad principal es el negocio del arte. Soy propietaria de una notable colección de pintura impresionista y, además de los cuadros que tengo depositados por museos de todo el mundo, dispongo de una Galería de Arte en Dublín que ha adquirido un sólido prestigio. Compró cuadros, también vendo y organizo exposiciones. En realidad, es mi hermana quien gestiona esa parte de mi mundo, porque ella sí vive en Dublín y está al frente del negocio.

Soy más cosas, claro. Soy lesbiana y soy muy rica, gracias a una donación in articulo mortis hecha por la única mujer de la que he estado enamorada, un sicario profesional que era quien poseía la base de la colección de arte citada, la casa en Dublín donde reside mi hermana y unos considerables recursos financieros, buena parte de ellos no declarados, que pasaron a mi disposición. No se lo iba a donar a una agente de policía, claro, así que lo donó a un nombre imaginario, que adopté y a continuación, revestí de identidad legal en Costa Rica, pagando por ello lo que me solicitaron. Más adelante, cuando decidí tener una hermana, pagué también para que la legalidad así lo reconociera.

¿Qué más puedo decir de mí? Que soy un hacker brillante, asesina cuando la situación lo ha requerido, ladrona si la ocasión lo merece y, eso sí, muy leal a mi gente.

Mi familia natural se reduce a mi madre, con la que me trato lo menos posible y mi prima Sagrario, la primera casi hermana que tuve. Hasta el Covid-19, tenía también un padre, con el que apenas hablé en vida y mi tía Pasión, la madre de Sagra, a la que quise como si hubiera sido mi verdadera madre. Murió antes mi tía y la lloré tanto que casi no me quedaron lágrimas que derramar en honor a mi padre.

La familia legal, ya lo dije, se completa con Celia, mi nueva hermana, a la que al nacer en Ucrania pusieron de nombre Aida. Los amigos tampoco son muchos. Además de la comisaria Molinero, están el subinspector Robles y, de un modo especial, el inspector jefe Castillo, que me enseñó a ser policía y a pelear por mi particular visión de la justicia, a pesar de la Justicia misma.

Esta es mi gente y por cualquiera de ellos soy capaz de matar, de robar y de cuantas barbaridades sean necesarias para ayudarles.

Y eso es lo que me ha traído hasta Estambul hoy, mi gente. Los servicios de inteligencia turcos han secuestrado a Marcelo Castillo y existen probabilidades muy altas de que lo asesinen en las próximas horas o días. No sé dónde está encerrado, pero tengo un plan y, con la ayuda de mi hermana Celia, que fue amante de Castillo hace algunos años, vamos a tratar de hacer que le pongan en libertad. Haremos lo que sea necesario, sin límite moral ni legal alguno, para conseguirlo.

Me encuentro en el paseo de Salacat, en el barrio de Üsküdar, en el lado asiático de Estambul, dando la espalda a la flamante torre Çamlıca y contemplando una hermosa vista sobre el estrecho del Bósforo. Dicen que desde aquí se disfruta de una puesta de sol maravillosa, aunque tendré que perdérmela en esta ocasión. A las horas del ocaso, si todo sale bien, podría encontrarme en el aeropuerto para regresar a Madrid.

El sol es muy débil hoy y resulta agradable permanecer bajo sus tenues rayos. Las nubes se ven en forma de pequeños cúmulos de algodón, aislados, flotando sobre el horizonte que, más allá del Bósforo, conforman las construcciones de la zona europea. De Poniente llega el céfiro, un aire suave, amistoso, que parece traer buenos presagios.

Me incorporo, autoconvenciéndome de que todo va a salir bien dentro de unos minutos y, en consecuencia, mi querido inspector Castillo estará libre en unas horas.



# PRIMERA PARTE

## TURQUÍA



## CAPÍTULO I

La Plaza del Reloj fue un cruce de caminos externo a la primera muralla de la ciudad, allá por la Edad Media. Finalizaba el siglo XV cuando en ella se instaló el primer reloj público que hubo en Talavera, en lo alto de una torre, desde donde presidía el que fue un lugar habitual de mercado y de reuniones. La plaza, ubicada en el casco viejo de la ciudad, sigue siendo un lugar de referencia. Hoy está concurrida y la terraza del restaurante que se encuentra en uno de los ángulos ha visto ocupada más de la mitad de las mesas, las que se encuentran en sombra. El sol talaverano amenaza con achicharrar a los incautos que se expongan a él sin cobertura.

Ya es más de mediodía cuando el hombre bordea la plaza, distraído, con la cabeza gacha. Acaba de hacer una entrega en una joyería para la que trabaja y se dispone a volver a casa. Talavera está en Ferias y ha prometido a los niños llevarles por la tarde a que disfruten de ellas. A su mujer, que cada día parece más talaverana, también le gustará ir. Se le escapa una sonrisa al pensar en su familia. Son una bendición para él.

Un tipo alto y corpulento camina por la plaza en sentido opuesto, pero dentro de la misma trayectoria. Tropiezan, en apariencia, por accidente. El hombre alto hace ademán de disculparse y seguir su camino, pero el primero se aferra a él y casi le arrastra en su caída. El otro se desembaraza con un empujón y se encamina hacia la calle Mesones.

El camarero de un restaurante próximo advierte el incidente y su extraño desenlace. Se dirige hacia el caído y, al cruzarse con el

otro protagonista, advierte que lleva la camisa manchada de sangre. Da un grito al hombre, que emprende la carrera. El camarero sale corriendo tras él, al tiempo que pide ayuda. Dos hombres jóvenes, que ignoran por completo lo sucedido, pero conocen al camarero, se unen a la persecución. Mientras tanto, otras personas se han acercado al individuo que permanece sobre el asfalto de la plaza y detectan la mancha roja que se extiende sobre la camisa, en el lado izquierdo de su pecho. Alguien dice que está muerto. Los teléfonos móviles aparecen como por arte de magia. Mientras la mayoría se dedica a hacer fotos al cadáver, uno de ellos lo utiliza para llamar a la policía.

El hombre corre a buena velocidad por la calle Mesones. Está en buena forma, pero los cincuenta años que ya ha cumplido se van notando en el resuello con que respira. Sus perseguidores, más jóvenes, están acortando la distancia que les separaba. Por las voces que emiten sabe que son tres. Tal vez podría hacerles frente, pero es arriesgado y, además, no debe dejar más víctimas que las necesarias. Gira a su izquierda y corre por la calle del Baño. Los tres tipos están cada vez más cerca. Lo saben y se animan entre sí.

Un coche Zeta de la policía nacional ha llegado a la Plaza del Reloj. Constatan que el hombre está muerto mientras los transeúntes, con cierto atropello, les narran por donde ha huido el tipo y como tres hombres han salido tras él. Un policía se comunica por radio con comisaría y el subinspector Robles pone en marcha el operativo para capturar al presunto asesino antes de que cometa alguna fechoría más. Él mismo toma el volante de su coche y se dirige a la zona del suceso.

El fugitivo se ha desviado a su derecha, por Cerería y vuelve a hacerlo a la izquierda, por la calle Los Úbeda. Siente que el pecho le va a estallar. Tuerce a la izquierda de nuevo, por la calle del Perdón, más estrecha y medio obstruida por unas obras. Le llega



el aliento de los tres hombres y ya no puede más. Poco antes de llegar a la Corredera del Cristo, se detiene junto a un portal con un poco de entrante, apoyando la espalda contra la pared, jadeando y mostrando, con aire amenazador, el fino estilete con que apuñaló a su víctima en la Plaza del Reloj.

Los tres jóvenes, recuperando el aire al igual que él, se abren, formando un abanico en torno al sujeto. No tiene escapatoria, salvo que se libre, al menos, de uno de ellos. Les dice algo en un idioma incomprendible para los otros. El camarero, el más decidido de los tres, se dirige a él.

—No vas a poder escapar. Seguro que la policía está al llegar. Tira el puñal y vamos a llevarnos bien.

El tipo hace un amago con el estilete hacia los tres hombres y estos retroceden un paso, pero mantienen el cerco. Está dispuesto a atacar. En ese momento, se oye el chirrido de los frenos del coche de la policía y el subinspector Robles baja de él, empuñando el arma reglamentaria. Su compañero hace lo propio y se interponen entre el tipo del puñal y los tres hombres que le acorralan.

—Tranquilos, chicos. Lo habéis hecho muy bien, pero esto ya es cosa nuestra.

Los hombres retroceden, no sin cierto alivio y se disponen a presenciar el final de la aventura. Los dos policías encañonan al sujeto. Robles lleva la voz cantante.

—Vamos, tira el puñal. No nos obligues a dispararte.

El otro sigue blandiendo su arma, sin decir palabra. Uno de los corredores le aclara al policía.

—Habla un idioma muy raro. Yo creo que no sabe español.

El subinspector asiente con la cabeza y enfila su pistola hacia el puñal, haciendo un gesto para que lo deje en el suelo. El otro, ya recuperado de la carrera, piensa a toda velocidad sobre sus posibilidades y reconoce que tiene muy pocas, pero no puede dejarse atrapar, no en ese momento.

El subinspector es el que más cerca está. Por sorpresa, el del estilete da un salto hacia él con el arma al frente. Robles no tiene

tiempo de apartarse, pero sí de disparar. Recibe un puntazo en el hombro y alcanza a su agresor en pleno pecho. Este trata de mantenerse en pie, pero, por fin, cae al suelo.

Cuando el inspector jefe Castillo llega al lugar, dos policías nacionales intentan mantener alejado al corro de curiosos y dos agentes de movilidad de la Policía Local estimulan la fluidez del tráfico en la plaza. El inspector se pone los guantes y encuentra la cartera del fallecido en un bolsillo trasero de sus tejanos. Comprueba la identidad y su dirección.

Aguarda la llegada del juez, el forense y el equipo de Criminalística y permanece allí hasta que, finalizadas las operaciones de rigor, el juez ordena el levantamiento del cadáver.

Entretanto, le comunican por radio la detención del presunto asesino, que ha sido trasladado al Hospital con una herida de bala en el pecho, junto al subinspector Robles, al que había apuñalado en el hombro. Se presenta en el centro sanitario, donde comprueba que la herida del policía no reviste peligro y le informan de que, en principio, la vida del detenido tampoco parece estar en riesgo. Lo dispone todo para asegurar la custodia del hombre y felicita a Robles por la captura. Este le informa que ha citado a los tres jóvenes que hicieron posible la detención para que presten declaración en comisaría, esa misma tarde. Castillo asiente y se despide de su subalterno y amigo.

El inspector jefe trata de localizar la vivienda del fallecido entre las hileras de casas humildes, organizadas en calles con nombres de santos masculinos. El barrio de Patrocinio de San José se construyó en la periferia de la ciudad a mediados del siglo XX para alojar a las familias obreras de Talavera de la Reina, llegadas de las provincias cercanas y de la propia comarca.

Circulan pocos vehículos a esas horas. Localiza, por fin, el portal, en la calle de San Leopoldo. Es una casa de dos plantas y la planta baja está ocupada por una fábrica de patatas fritas. Ascende las escaleras y llama al timbre de la vivienda. Le abre la puerta una mujer morena, de unos cuarenta años, todavía guapa y algo entrada en carnes. Dentro de la vivienda se oye jugar a dos niños.

El policía transmite a la viuda la pésima noticia y encaja sin pestañear el guantazo que la mujer le propina, los gritos, el llanto y los puñetazos en el pecho, hasta que, abatida por completo, se deja caer en el mismo pecho que acaba de golpear y el inspector debe sujetarla para que no se desplome en el suelo.

La ayuda a pasar al interior de la vivienda y la sienta sobre una silla, junto a una mesa camilla donde la mujer apoya los brazos y derrumba la cabeza sobre ellos. Los dos niños, de unos ocho o nueve años, salen de una habitación y observan la escena en silencio, con los ojos muy abiertos. Castillo se dirige a ellos.

—Traed un vaso de agua a mamá, rápido.

El que parece el mayor obedece de inmediato y se queda junto a su madre, abrazándola.

—¿Qué le pasa a mamá?

—Que está muy triste.

El niño comienza a llorar en silencio. El otro hermano se acerca al grupo y, llorando también, sin saber muy bien por qué, se abraza a su madre y a su hermano.

La mujer se incorpora un poco, con la cara arrasada por las lágrimas y estrecha contra sí a sus hijos. Bebe un poco de agua del vaso que el policía le ofrece.

—Comprendo que el momento es horrible, señora, pero sería importante que pudiera contestarme a unas preguntas.

La inspectora Dulce Soto es recibida por el comisario principal Alfageme. Soto recuerda cuando el comisario era el Director Adjunto Operativo (D.A.O.) de la Policía Nacional, en la época en que ella marchó a La Haya para incorporarse a Europol. En la actualidad es el Comisario General de Policía Judicial, el área más extensa y dotada de personal del organigrama policial. Responde tan solo ante el D.A.O. que le sustituyó.

—Buenos días, inspectora. Permita que le felicite por su reciente ascenso. ¿Cómo es que la ha dejado escapar la comisaria Molinero?

La mujer comprueba que el comisario ha hecho los deberes y está al corriente de su trayectoria.

—Buenos días, comisario. Gracias por la felicitación. Aún no me he acostumbrado a que me llamen inspectora. Respecto a la comisaria, teníamos un acuerdo para que me dejara volver en cuanto consiguiera el ascenso. Han sido cuatro años en La Haya y echaba de menos mi país.

—Su historial en La Haya es impresionante. Además de coordinar la implantación de nuevos sistemas informáticos que han multiplicado la capacidad operativa de Europol, ha colaborado con el Gobierno holandés, ayudándoles a mejorar la eficiencia y la seguridad de sus sistemas. Por los informes que ha enviado Ana Molinero, está usted capacitada para cualquier tarea policial, pero ella hace un énfasis muy especial en que la pongamos al frente de la Unidad de Investigación Tecnológica. Ya trabajó usted en esa unidad.

—Así es comisario. Trabajé allí a las órdenes de la entonces inspectora jefa Molinero. Cuando la ficharon para la Europol, quiso llevarme con ella.

—¿En qué medida le han sido útiles los cuatro años en La Haya? ¿No vendrá un poco fuera de punto respecto al trabajo policial cotidiano?

—En absoluto, comisario. No he dejado de estar en contacto con la policía nacional durante estos años, muy en particular con

la UIT, a la que he apoyado en todo lo que me han pedido. En cuanto a mi experiencia, solo puedo destacar que mi formación se ha centrado en las relaciones internacionales y, sobre todo, en la actividad informática, en la lucha contra el delito desde las nuevas tecnologías.

—Eso dice la comisaria Molinero. Afirma que es tan buena como ella. Debo advertirle que esas son palabras mayores. Tengo a la comisaria en la más alta estima profesional.

—Creo que ha exagerado un poco. Me queda mucho para llegar a su altura.

—Bueno, inspectora, creo que ya hemos engordado su ego bastante. Estoy dispuesto a ponerle al frente de la UIT. En España, carece usted de experiencia en puestos de mando, es más joven que la mayoría de personas que trabajan allí y va a sustituir al inspector Huete, que lleva cuatro años como director en funciones y es bastante más antiguo que usted en la categoría de inspector. Es una plaza que debería ocupar un comisario o, en todo caso, un inspector jefe, pero me voy a arriesgar a concederle el destino en comisión de servicio. Necesitamos revitalizar esa unidad y creo que usted podría ser la persona indicada para hacerlo. Al margen de los rangos, tendrá plenos poderes para dirigir su unidad y responderá ante mí, en exclusiva.

—Agradezco su decisión en todo lo que vale y creo que es mucho, comisario Alfageme. No le defraudaré.

—Eso espero. Bienvenida, inspectora Soto.

El inspector jefe Castillo escucha con atención el informe del subinspector Robles y, a su vez, le relata lo hablado con la viuda. Es turca, como el fallecido, de origen kurdo. Toda la familia se exilió hace ya seis años, cuando supieron que el hombre era un objetivo para los servicios secretos de su país.

—¿No tendrías que haberte cogido una baja, Robles?

—¿Y dejarte solo, jefe? Disculpa, pero, sin mí, eres como un cojo sin muleta.

La relación íntima entre ambos policías viene de años atrás, cuando formaron tándem para investigar a una organización criminal arraigada en los cuerpos y fuerzas de seguridad del Estado. No pocos políticos estuvieron también implicados en aquella trama. Les faltó llegar a lo más alto de la camarilla, pero tropezaron con las raíces más profundas de las cloacas del Estado. Ambos recibieron sendas amenazas de muerte contra ellos y sus personas próximas. La dirección de la policía les premió con un ascenso por aquello.

—El cojo lo será tu padre, Robles y la muleta resérvala para esos espectáculos taurinos que tanto te gustan.

—Pues eso, jefe, que no me voy a coger una baja por un pinchazo de mierda. ¿Qué piensas de lo que te ha dicho la mujer?

—Que es un crimen político. El muerto pertenecía al Partido de los Trabajadores de Kurdistán (PKK) y apuesto a que el asesino trabaja para los servicios secretos de Turquía. La libreta esa que le incautamos debe contener muchas explicaciones, pero está escrita en turco, o lo que sea y apuesto a que, además, está protegida por algún código.

—¿Vas a enviarla al Centro Criptográfico Nacional?

—No tengo intención. Esos dependen del CNI y, si cae en sus manos, podemos despedirnos del asunto. Ha vuelto a España nuestra amiga Dulce Soto y está al frente de la UIT. Lo comentaré con ella.

—¿Dulce? ¡Qué alegría! Tendremos que quedar los tres, ¿no?

—Seguro que sí. Acaba de llegar y está tomando contacto con

su nueva tarea. Ella nos avisará cuando esté disponible.

La entonces subinspectora Dulce Soto formó equipo con los dos hombres en la investigación de la trama ya citada, años atrás. Su rol fue invisible para los demás y obtuvo información crucial con sus habilidades de hacker. Bajo el seudónimo de Dark Blue, hizo circular información acerca de las personalidades implicadas por la prensa de España y Europa. Esos comunicados convulsionaron al mismo aparato del Estado. Su participación fue mucho más allá de lo que sus amigos conocen, pero eso seguía siendo un secreto para el resto del mundo.

—He hecho una copia de toda la libreta y voy a enviársela. Ya nos dirá algo.

La inspectora Soto sale de casa con cierta sensación de nerviosismo. No tendría por qué, ya que conoce la UIT a la perfección y los miembros más veteranos fueron compañeros suyos hace cuatro años. Es verdad que ella ha ascendido de categoría mientras que los otros no lo han hecho.

La entrada al edificio está custodiada por personal de seguridad privado, lo que le llama la atención. Una de estos agentes le pide la identificación en la puerta. Es una mujer alta, de alrededor de treinta años, atractiva y con unos ojos de color miel muy especiales. No podría decirse de ella que es guapa, tal vez, pero costaría mirarla sin sentirse atraída por el equilibrio de sus facciones, la esbeltez de su porte y, sobre todo, esa mezcla de tonos suaves presente en sus ojos marrones, que parecen contener reflejos grises y verdosos. El color verde del uniforme resalta la suavidad de su mirada. La mujer se da cuenta de que está siendo observada con intensidad por la recién llegada. Comprueba la identificación de Soto con una lista de nombres.

—Lo siento, inspectora. Su nombre no está entre los autorizados.

Soto sonríe a la mujer.

—Solo por curiosidad, si yo pretendiera acceder al edificio a pesar de no estar en la lista, ¿usted como actuaría?

—Pediría apoyo al jefe de equipo y me interpondría en su camino, por supuesto.

—¿Se enfrentaría a mí, sabiendo que soy una inspectora de policía y que es muy probable que vaya armada?

Comienza a percibirse el nerviosismo en la joven, que presiona un botón apenas perceptible detrás de ella.

—Son mis instrucciones, señora. No tendría otra alternativa.

Otro miembro de la seguridad, algo mayor que su compañera y con algunas canas ya visibles, se acerca a ellas.

—¿Qué sucede, Remi?

—La inspectora desea pasar al interior del edificio, pero no figura entre las personas autorizadas.



—No podemos permitirle el paso, inspectora. Tiene que conseguir una autorización.

Soto asiente con un movimiento de cabeza, conteniendo una sonrisa.

—¿Podría pedirle al inspector Huete que salga, por favor?

—No estamos aquí para hacer recados, señora.

A Soto se le está terminando la paciencia.

—No se preocupe, a partir de hoy no va a estar aquí y punto.

La vigilante desaparece en el interior y reaparece al poco tiempo, acompañada del inspector Huete.

—¿Qué está suce...? ¿Soto? No me digas que eres la que ha formado este revuelo. ¿Cómo se te ocurre venir así, sin avisar? — Se vuelve hacia la pareja de vigilantes, a los que se nota bastante azorados —La inspectora es de la casa, por supuesto. Ven, Soto, vamos a mi despacho, por favor.

Acceden al despacho que Soto recordaba ocupado por Ana Molinero. Huete se sienta en el sillón, tras la mesa y ofrece a la inspectora una silla de confidente, frente a él.

—Cuéntame. ¿Qué tal estos años en La Haya?

Soto le interrumpe, cortante.

—¿No te habían comunicado mi nombramiento como responsable de la UIT?

—Sí, pero no creí que fuera a ser algo tan inmediato.

—Por eso ni siquiera incluiste mi nombre en la lista de la entrada ni te has buscado un sitio fuera de mi despacho.

—Eso ha sido un despiste. Perdona, tienes que entenderlo.

—Lo entiendo a la perfección. Muy bien, Huete, levanta el culo de mi sillón, ahora y llévate fuera todas tus cosas. Ya me están sobrando aquí.

—Esto no se puede hacer así, de repente, compréndelo.

—En cinco minutos, tiraré todo lo que no te hayas llevado. Fuera de mi sillón.

El hombre se incorpora, aturdido y comienza a recoger cosas de encima de la mesa.

—Cuando te hayas instalado fuera quiero que pases a informarme de lo que haya pendiente. Hazme un favor, avisa a la segurata de la entrada para que pase a verme.

Huete sale del despacho como un perro apaleado y al poco tiempo la joven aparece en la puerta.

—¿Da usted su permiso?

—Claro. Pase y siéntese, por favor,

La mujer ocupa la silla donde estuvo Soto minutos antes.

—Lamento haber provocado este malentendido, pero me ha sorprendido encontrarme con seguridad privada en el edificio. Cuando estuve aquí, hace unos años, su tarea la desempeñaban policías.

»Voy a presentarme en forma. Soy la inspectora Dulce Soto. Trabajé en esta unidad hasta hace cuatro años, he estado destinada en Europol, en la Haya, todo este tiempo y, al regresar, me han nombrado responsable de la UIT. He oído que la llaman Remi. Encantada de conocerla, Remi.

La policía le ofrece la mano extendida, que la aludida estrecha con energía.

—Es un placer, inspectora. Créame que siento mucho el incidente de la entrada, pero he actuado siguiendo las instrucciones.

—Estoy segura de ello. Cuénteme un poco en qué consisten sus competencias, cuáles son las jerarquías entre ustedes, cuántos efectivos son y quién dicta las normas con las que funcionan.

La mujer relata las escasas funciones que tienen adjudicadas y la carencia de medios defensivos de que disponen, que se reducen a una porra rígida y un par de esposas. Dulce escucha con atención, sin dejar de mover la cabeza. Las instrucciones se las daba el inspector Huete, el jefe de la Unidad.

—Como habrá podido comprobar, ahora la jefa soy yo. ¿Le importa llamar al máximo responsable de su empresa y pasarme con él?

Remi hace lo que le indican y, tras presentarse a su interlocutor, le pasa el teléfono a Soto. El diálogo es muy corto. La inspectora

se limita a exigirle que el responsable del equipo de seguridad sea relevado de inmediato y le pregunta si sus servicios podrían incluir personal armado, con alguna experiencia en el uso de armas de fuego. Concluida la conversación, cuelga y se encara con su visita.

—¿Tiene permiso de armas, Remi?

—Sí, señora. Es necesario para trabajar en la empresa. Nunca sabes dónde van a destinarte.

—¿Ha tenido que usar la pistola alguna vez?

—Hasta el momento, no, pero hago prácticas de tiro con regularidad.

—Muy bien. Le agradezco su colaboración y espero que en lo sucesivo nuestras relaciones se produzcan sin la menor tensión. Si en su empresa dicen algo de cambiarla de destino, comuníqueme que yo la quiero aquí.

—Gracias, inspectora.

—No tengo tanta mala leche como he tenido que sacar hoy, pero es que a las mujeres todavía no nos respetan lo suficiente y algunos se creen que nos pueden torear. No consienta nunca que le suceda eso.

—Lo tendré muy en cuenta. Gracias de nuevo.

Una vez que se queda sola, llama al comisario Alfageme, que le informa que es política del cuerpo encargar las vigilancias de edificios a empresas privadas, pero que, por supuesto, podía contratarse el servicio con armas. Después de volver a hablar con la contrata de seguridad, redefiniendo el servicio y encareciendo que quería a Remi al frente del equipo, despacha con Huete las tareas pendientes y puede comprobar que la Unidad está operando a un nivel muy inferior al existente cuando la dirigía Ana Molinero, Eso va a cambiar. Hace pasar a todos sus subordinados al despacho, uno a uno, para dar formalidad a su toma de posesión. Solo se permite alguna confianza con el subinspector Medina, a quien saluda con mucha cordialidad. Con el resto, está amable, pero fría, dejando sentada la autoridad que va a ejercer a partir de ese día.

Reorganizado el departamento, el inspector Huete ha pasado a encargarse del área de pornografía infantil y el subinspector Medina se ha constituido de hecho en su hombre de confianza. Para evitarle problemas de rango con Huete, de la relación con este se encargará ella. Ha decidido impartir un ciclo de formación para actualizar y mejorar los conocimientos de su plantilla. Será fuera de la jornada de trabajo y voluntario, pero tiene muy claro que quienes no se apunten irán saliendo de la Unidad tan pronto como pueda sustituirles.

Acaba de recibir las fotografías de una libreta en un idioma que le parece el turco. No entiende esa lengua y el remitente, el inspector jefe Castillo, le ha sugerido la posibilidad de que el texto contenga algún código cifrado. Marcelo Castillo, con toda probabilidad el hombre al que más aprecia, vuelve a cruzarse en su camino. Sonríe con nostalgia y reenvía las fotos a La Haya, a la atención de la comisaria Ana Molinero, añadiendo unas líneas.

Está preparando una de las charlas a impartir cuando Remi aparece ante su puerta.

—Disculpe, inspectora. El Director del CNI está aquí y quiere hablar con usted.

Una corriente eléctrica recorre todo el cuerpo de Dulce Soto.

—¿Quién ha dicho?

—El Director del CNI.

—Hágale pasar por favor.

Todos los sucesos de cuatro años atrás recorren la mente de Dulce en el escaso intervalo que transcurre hasta que el general Pérez Castroviejo aparece ante su puerta. Nunca pudo demostrarlo, pero el inspector Castillo y ella estaban convencidos de que el general era el cerebro de la trama corrupta que sacudió Talavera y trajo como consecuencia un importante número de personas asesinadas. Todas las pistas que tenían apuntaban al CNI, pero el mismo Director Adjunto Operativo (DAO) de la Policía Nacional

sugirió cerrar la investigación para evitar una confrontación directa con ellos. Dulce marchó a La Haya con la entonces inspectora jefa Molinero para no ser detectada por el radar del centro de inteligencia, que buscó con insistencia la identidad de Dark Blue, el eslabón que escapó a su control y precipitó la gran crisis de entonces.

Se levanta del asiento y coincide con el general en la misma puerta del despacho. Remi se retira de inmediato.

—Buenos días, general. ¿A que debo este honor?

—No habrá sido tan grande el honor cuando no se ha molestado en salir para recibirme en persona y darme paso al edificio. ¿Este es su despacho?

—Así es, general. Muy modesto, como nuestra unidad. Tome asiento, por favor.

Le ofrece una de las sillas de confidente y ella se acomoda en su sillón.

—¿Puedo ofrecerle algo, un poco de agua, un café?

El tipo se queda mirándola con cierto aire socarrón. Es un hombre próximo a los setenta años, con el pelo, abundante, muy blanco. Más bien enjuto, su porte revela a alguien acostumbrado a mandar y a ser obedecido. La mirada es dura, muy dura. Ni siquiera cuando sonrío consigue ablandar la sensación que transmiten sus ojos grises, un tanto descoloridos.

—Se lo agradezco, inspectora, pero va a ser una visita corta. Quería darle la bienvenida por su regreso a España y la enhorabuena por su nombramiento al frente de la UIT. Su unidad y el CNI podrían colaborar con provecho mutuo a partir de ahora.

—Usted dirá en qué, general. Tengo entendido que sus expertos informáticos tienen un gran nivel, muy superior al nuestro, con toda probabilidad.

—Antes de llegar usted su unidad no me interesaba demasiado, la verdad. Desde que se marchó la comisaria Molinero, este ha sido un departamento de tercera fila para nosotros, pero su nombramiento cambia las cosas. Usted trae solvencia profesional, pero lo que más nos interesa en estos momentos, son sus contactos con la Europol.

»Me interesa en especial la conexión con el Centro Operativo Permanente de Europol, ya sabe, el S24/7, y su información actualizada al instante, veinticuatro horas al día, siete días a la semana. Sé que la normativa europea no nos permite conectarnos y disponer de esa información en directo, pero recibirla, digamos cada hora, nos sería de gran utilidad para nuestro cometido. Creo que, si alguien puede conseguir eso, es usted, inspectora. Participó de la implantación de la herramienta y seguro que no le faltan contactos entre quienes la manejan. Nosotros le ayudaríamos, en justa correspondencia, en cualquier investigación en que necesitaran apoyos.

—No acabo de comprenderle, general. Sus interlocutores deberían ser la Comisaria Molinero, en La Haya, o el comisario principal Alfageme, mi superior directo. Agradezco su oferta de ayuda, pero lo que usted busca no puedo dárselo yo.

—No se haga la modesta conmigo, jovencita, si pensara que Molinero o Alfageme son los interlocutores que busco no estaría en este despachito hablando con usted. Lo que le estoy pidiendo no tiene por qué ser oficial y la colaboración que le ofrezco puede ser permanente e, incluso, retribuida, si usted lo desea.

—Creo que se ha equivocado conmigo, general y si no desea hablar de otra cosa, tengo mucho trabajo aquí y me gustaría seguir con ello.

—Se está confundiendo, muchacha. Como amigo, puedo ser providencial, pero, como enemigo, no se imagina hasta qué punto puedo convertirme en un problema.

—No le quiero como enemigo, pero se escapa de mis manos evitar sus filias o sus fobias.

El general se levanta con brusquedad de la silla.

—No sé moleste en acompañarme. Conozco el camino.